

EL LOBO ESTEPARIO (Hermann Hesse) No para cualquiera, solo para locos

por Santiago M. Zarria

Alemania fue invadida en el siglo XIX por una profunda crisis espiritual, de conciencia y gran desavenencia cultural. Parecía surgir entonces, desde la novela, un nuevo *Sturm und Drang* (del alemán tormenta e impulso. Movimiento literario desarrollado a partir de la segunda mitad del s. XVIII, antecedente del romanticismo y contrario a la ilustración alemana) Entre sus jóvenes figuras se encontraba Hermann Hesse, testigo del ocaso europeo. 1927 sería la fecha en que se presentaba, en Zurich, la novela "*El Lobo Estepario*" (*Steppenwolf*), de rasgos expresionistas que describe la locura de los años veinte, critica el capitalismo y la excesiva pretensión de progreso; ya que, bajo ella se conjugaba la miseria humana con la primera guerra mundial y el fascismo. En los 60's se convierte en el libro favorito de hippies europeos y americanos. *El Lobo Estepario* -el libro peor comprendido de todos- aunque no sea el que mejor conjugue todo el pensamiento de Hesse al no articular rasgos orientales, se ha convertido en una joya de la *Bildungsliteratur* (literatura existencialista.)

Sus escritos reflejan la influencia de Nietzsche y en gran medida la psicoterapia jungiana, de Carl Gustav Jung, sobre la teoría de los arquetipos. Valimiento que bien podemos divisarla en *Demian*(1919), *Siddhartha*(1922) y *Steppenwolf*. Sin embargo, éstos y sus demás libros, entre los cuales figuran: *Narciso y Golmundo* y *El juego de abalorios*(1943), *La Ruta interior*(1922), *Gertrudis*(1914), *Bajo las ruedas*(1905), *El último verano de Klingsor*(1922), etc., exponen la intensa búsqueda "espiritual de nuevos objetivos y valores."

Hermann Hesse, ganador del Premio Goethe, Premio de la Paz y Nobel de Literatura en 1946, nace el 2 de julio de 1877 en Calw-Alemania. A los dos años de haber empezado sus estudios teológicos, los abandona para ser ayudante de mecánica, luego ayudante de una fabrica de relojes; después librero y finalmente escritor. Fue autodidacta, aunque no en su totalidad. Periodo en el cual aprendió filosofía, historia del arte, literatura y lenguas. Luego de retornar de la India entra en crisis Alemania(1914) y con ella Hesse. Por mostrarse contrario a la primera guerra mundial con sus opiniones pacifistas y críticas al gobierno, es declarado traidor de la patria alemana. Al mismo tiempo, el nacionalsocialismo prohíbe la lectura de sus libros. Se traslada a vivir en Suiza y adopta la nacionalidad en 1923. Muere en Montagnola, Suiza, el 9 de agosto de 1962.

El Lobo Estepario consta de cuatro partes: *La introducción*, realizada por un narrador anónimo; *Anotaciones de Harry Haller: Sólo para locos*, el *TRACTAT DEL LOBO ESTEPARIO -NO PARA CUALQUIERA* y *Siguen las anotaciones de Harry Haller: Sólo para locos*. Pero tres son los narradores de la novela: El personaje anónimo que introduce el libro; el autor del Tractat y Harry Haller. Los tres, excesivos racionalistas, con mirada crítica recorren la decadencia del hombre moderno. En *El Lobo Estepario* se expone la dualidad del autor, que a pesar de su crisis familiar, patria y comodidades es capaz de continuar viviendo y aún amar la vida. Contradicción que se

deja a la vista con el uso las iniciales de **Hermann Hesse** en las de **Harry Haller** y el conflicto espiritual que se libra en el alma de Haller. Personaje angustiado, enfermizo, incapaz de comprender el mundo que le rodea y a sí mismo, enemigo del universo de la pequeña burguesía, que vive entre dos polaridades: el hombre y el lobo. Harry, un hombre que es capaz de vivir y mantenerse vivo a pesar de la enfermedad de su época y de su propia miseria burguesa, sabe que el único antídoto para la falta de apetito hacia la vida es el HUMOR pues todo es parte del fascinante y arcano juego de la vida.

Argumento (Introducción)

Para un hombre como yo, burgués, de vida tan corriente y llena de responsabilidades Harry me produjo, al principio, aversión y desconfianza; luego, la repulsa fue sustituida por simpatía. Era un genio del sufrimiento, nada sociable y vivía en un profundo aislamiento, se llamaba así mismo el 'lobo estepario', "un ser extraño, salvaje y sombrío" habitante de otro mundo diferente al mío. Este ser extraño habitó en casa de mi tía por nueve o diez meses. A pesar de conformarse con el alquiler y la atmosfera de la casa, parecía "que todo ello no le satisfacía por completo, se hallaba a sí mismo ridículo" y mucho más; tener que hablar con las personas. Su rostro era triste pero no reflejaba torpeza, era inteligente y espiritual: "con huellas de profundas cavilaciones, de vida excesivamente agitada, enormemente delicada y sensible. Daba la impresión de ser un hombre superior, que había pensado más que otros. Un hombre de ideas y libros."

La mirada de este lobo atravesaba todo el mundo de nuestro tiempo, toda la fiebre de la actividad y el afán de arribismo, la vanidad entera y todo el juego superficial de un espiritualismo fermentado y sin fondo. Mirada que no solo recorría los defectos y desesperanzas de nuestra espiritualidad y cultura sino que llegaba hasta el corazón de toda la Humanidad. Aquella decía: << ¡Mira, estos monos somos nosotros! ¡Mira, así es el hombre!>> y la mayor parte de ellos no quieren nadar antes de saber ¿No es esto espiritual? ¡No quieren nadar, naturalmente! Han nacido para la tierra, no para el agua, y ciertamente, no quieren pensar; como que han sido creados para la vida, ¡no para pensar!>>

Un lobo sin ambición, ni deseos de fama y fortuna, un "pobre melancólico aislado" que ni siquiera desea convencer a los demás, ni tener razón de sus apreciaciones. La base de su pesimismo y desprecio no reside en el mundo ni es el mundo, sino el desprecio de sí mismo; ya que "si bien hablaba sin miramientos y con un sentido demoledor de instituciones y de personas, nunca se excluía a sí, siempre era él mismo el primero contra quien dirigía sus flechas, era él mismo el primero a quien odiaba y negaba." La huella sin embargo, molesta e inquietante que puede dejar un lobo, la existencia de un ser extraño, en el alma de los que un día le conocimos y nos sentamos en el rincón de la araucaria y percibimos de modo encantador y nos abandonarnos a la seducción de su aroma, es esperanzadora.

La angustia de Harry adempere, no es la quimera de "un solo individuo, sino la enfermedad del siglo mismo. La enfermedad de la cual no son atacadas sólo las personas débiles e inferiores, sino precisamente las fuertes, las espirituales, las de

más talento"; pues, hay "momentos en los que toda una generación se encuentra extraviada entre dos épocas, entre dos estilos de vida, de tal suerte que, tiene que perder toda naturalidad, toda norma, toda seguridad e inocencia." Ser hombre o bestia.

Queda claro sin embargo, que no todos perciben esto con la misma intensidad.

Anotaciones de Harry Haller Sólo para locos

"El día había transcurrido del modo como suelen transcurrir estos días; lo había malbaratado, lo había consumido suavemente con mi manera primitiva y extraña de vivir", había hecho lo habitual: mis ejercicios respiratorios, me bañé en agua caliente, revisé el correo, trabajé un rato dando vuelta a los libros viejos y paseé por un hora; aún así este día no había sido nada radiante, corriente, normal y un tanto agradable; sin dolores especiales ni preocupaciones, sin desaliento y desesperanza. Un día contrario a los otros, los malos, con ataques de gota, dolores de cabeza, agonía de espíritu, de vacío interior y desesperanza.

Precisamente esto, la falta de preocupaciones y la aparente autosatisfacción me resultan intolerablemente odiosos y repugnantes, tengo que refugiarme desesperadamente en el camino de los placeres y dolores. Es que, me gusta sentir el dolor verdadero y endemoniado, que se inflama en mi interior y produce "rabia de esta vida degradada, superficial, esterilizada y sujeta a normas. Eternos instantes que me producen hacer polvo una catedral, arrancar la peluca a un par de ídolos respetados, seducir a una jovencita o retorcer el pescuezo a varios representantes del orden social burgués. Esto es lo que más odiaba, detestaba y maldecía en mi fuero interno: esta autosatisfacción, esta salud y comodidad, este cuidado optimismo burgués", alimentado de todo lo mediocre, normal y corriente. Así, en estas condiciones concluía el día, entre mis libros, insatisfecho, asqueado y en mi madriguera.

Decidí salir, bajé las escaleras pasé junto a la araucaria y di en el humedecido asfalto. Me dirigía a la hostería del *Casco de Acero*; entre mis pensamientos: ¿Cómo no había de ser un lobo estepario y un pobre anacoreta en medio de un mundo, ninguno de cuyos fines comparto, ninguno de cuyos placeres me llama la atención? De pronto; fijé la mirada en una pequeña y linda puerta "con un arco ojival", y distinguí sobre el hueco de ella, en medio de la oscuridad, algunas letras de colores que se movían. Descifrarlas me resultaba difícil pero logré atrapar algunas, decían: *Teatro mágico. Entrada no para cualquiera. No para cualquiera*. Y un par de letras más que se reflejaron sobre el espejo del asfalto: *¡Sólo... para... lo...cos!* Letras que bailaron y juguetearon sobre mi alma.

Ingresé a la pequeña taberna. No hay nada como un vaso de vino de Alsacia y un buen trozo de pan y, claro; otro vaso de Alsacia. ¡Maravilloso! Las horas habían transcurrido y con ellas la tarde. Me levanté y me dispuse a regresar. Derrepente me asaltó la figura de un solitario individuo que llevaba consigo un letrero y un cajón. Lo llamé y le pedí que me enseñara el anuncio, decía: *Velada anarquista. Teatro mágico entrada no para cual...* -¿Qué es esa velada? ¿Dónde? ¿Cuándo es?

–No es para cualquiera –dijo indiferente- y apresuró la huida. ¿Qué lleva usted en el cajón? Le compraré algo –dije-. Metió la mano en el cajón, saco un pequeño folleto y me lo dio. Lo sujeté en seguida y lo guardé; al mismo tiempo desaparecía, este individuo, y de él quedaba tan solo el ruido de sus pasos, alejándose, sobre las piedras y luego sobre las escalinatas, después no escuche nada más. Subí las escaleras, “abrí mi cuarto, esta pequeña apariencia de hogar, donde me esperaban el sillón y la estufa, el tintero y la caja de pinturas, Novalis y Dostoiewski, al igual que a los otros, a los verdaderos hombres, cuando vuelven a sus casas, los esperan la madre o la mujer, los hijos, las criadas, los perros y los gatos.” Me quité el abrigo, me acomodé en la butaca, me puse los lentes y leí el título del folleto, daba la impresión de que se abría y me abrazaba la puerta del destino. Lo devoré de un solo mordisco y lo que sigue era el contenido del folleto.

Tractat del Lobo Estepario No para cualquiera

“Érase una vez un individuo, de nombre Harry, llamado el lobo estepario”. Caminaba y se vestía como un hombre, pero en el fondo era un lobo, un ser que no había aprendido a estar satisfecho de sí mismo ni de su vida. Tenía dos naturalezas, una humana y otra lobuna. Vivían en constante y mortal odio “cada una vivía exclusivamente para martirio del otro” y cuando las dos naturalezas se encuentran dentro de una misma sangre y alma el resultado era una vida imposible. Cuando Harry era hombre y tenía buenos pensamientos o experimentaba sensaciones nobles y delicadas, el lobo se reía y le mostraba cuán ridícula era toda esa farsa, toda acción humana le resultaba “horriblemente cómica y absurda, estúpida y vana”. Y cuando era lobo, la parte humana lo llamaba “animal y bestia y le echaba a perder y le corrompía toda la satisfacción en su esencia de lobo, simple, salvaje y llena de salud”.

Harry llevaba una vida desgraciada y podía hacer desgraciados a los otros, especialmente a los que le amaban y él a ellos. De ahí que, unos preferían la parte <<Hombre>>: distinguido, inteligente y original y otros lo espontáneo, salvaje, indómito, peligroso y violento: el <<Lobo>>. Sí, así era Harry, pero; si alguno ha creído imaginar la vida deplorable que llevaba el lobo estepario, está equivocado ya que, en muy raros momentos, estas dos naturalezas Hombre-Lobo, hacían las paces y vivían juntos en amor y avenencia, se fortalecían y cada uno redoblaba el valor del otro. Fugitivas y espumosas horas de felicidad.

Este lobo, definitivamente, tenía singulares características, era un hombre nocturno, solo en la noche se mostraba fecundo y activo; a veces fogoso, alegre, con una profunda y apasionada necesidad de independencia. Nadie le ordenaba nada, determinaba con plena libertad lo que se le antojara; mas Harry sabía que este rasgo era su muerte, estaba solo y el mundo lo abandonaba de un modo siniestro. El hombre y él mismo no le importaban, la soledad y la independencia no eran su objetivo, sino su destino y condenación.

Tenía una relación muy particular con la burguesía -aunque considerase estar fuera de ella, pues no conocía vida familiar ni ambiciones sociales. Vivía de modo enteramente burgués, tenía dinero en el banco, ayudaba a los parientes pobres; le atraían las casas de familia, limpias y con modesta atmósfera de orden y pulcritud y

nunca habitó en los suburbios de la vida. Afirmaba la mitad de su ser este "mal hábito", lo que la otra negaba y combatía: ser un santo y un libertino; ya que ni se entregaba por entero a lo espiritual, ni completamente a la vida del instinto, a los apetitos sensuales y momentáneos. Esa es la vida del burgués, el termino medio, la mediocridad, <<Quien no está contra mí, esta conmigo>>, es una "criatura de débil impulso vital", miedoso y fácil de gobernar.

Y una tercera particularidad: llevaba una vida suicida aunque sabía que era vergonzoso e ilegal este camino; mejor era dejarse vencer y sucumbir por la vida misma que por su propia mano, nuestro lobo, fijó la fecha. A los cincuenta años se permitiría el suicidio. Cuando planificó contaba apenas con cuarenta y siete. Entre esto y lo otro, solo el humorismo puede combinar todos los círculos de la naturaleza; vivir en el mundo como si no fuera el mundo, respetar la ley y estar por encima de ella, esto también conocía el lobo.

Todo el lobo estepario sin embargo, no es más que un mito. Al considerarse hombre-lobo Harry "procura comprender las contradicciones que se encuentran dentro de sí y que le parecen la fuente de sus no escasos sufrimientos." No esta compuesto de dos seres sino de cientos, de millares, de incontables pares de polos. "Como cuerpo, cada hombre es uno, como alma, jamás." Y aunque Harry cree saber lo que es y de qué se compone el ser humano, no sabe nada. "El hombre no es de ninguna manera un producto firme y duradero, es un ensayo y una transición, un puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu". El concepto hombre que pretende entender el *common sense* es un convencionalismo burgués.

A pesar de que el lobo estepario ha descubierto la duplicidad fáustica, que a la unidad del cuerpo no le es inherente la espiritual, sino que se encuentra en una larga peregrinación hacia el ideal de esta armonía; no ha observado detenidamente. El auténtico lobo vive una multiplicidad de afanes y estados. "El, que ha creído ser un artista y tener sentidos delicados" no ha sido capaz de ver que fuera del lobo, viven muchas cosas en su interior y que no todo lo que muerde es lobo, sino que además habitan allí el "zorro, el dragón, el tigre, el mono y ave del paraíso". Y que todo este mundo es un edén de miles de seres, que han sido ahogados y apresados por el mito del lobo, "lo mismo que el verdadero hombre que hay en él; es ahogado y preso por la apariencia de hombre, por el burgués."

Siguen las anotaciones de Harry Haller Sólo para locos

Apenas terminé de leer el *Tractat*, recordé que hace algunas semanas había escrito una poesía que trataba sobre el lobo estepario. Vaya sorpresa, tenía dos retratos míos que reflejaban mi existencia sin el menor consuelo, lo insoportable e insostenible de mi estado. Este lobo estepario debía morir o arrancarse la careta y sufrir otra vez una autoencarnación. No era raro este proceso, en una ocasión perdí mi buen nombre burgués junto con mi fortuna; en otra vi como mi vida familiar se venía abajo y en un golpe de locura, mi mujer me echó de mi casa y comodidades. Ahí empezó mi aislamiento. Y cuando parecía emprender un nuevo camino, de nuevo, se vino abajo mi vida ascético-espiritual: pero no todo fue malo: Gané de todos estos

sacudimientos algo de espiritualidad, de profundidad, de liberación, de soledad, de ser incomprendido y de desaliento.

Y aunque el suicidio fuese estúpido, cobarde y ordinario, sea con la navaja de afeitar, la pistola o el gas, era deseable. En mi vida, descarriada y difícil, había sido el noble Don Quijote; preferí el honor a la comodidad, el heroísmo a la razón, era suficiente. Me zambullí entre las sabanas con ésta resolución de morir, esperando que cumpliera los cincuenta según la "chusca" receta del librito, una resolución madura y bien sazonada. Es lo que yo llamo: El gusto de saber, de evanecerse.

Un día, luego de haber buscado el anuncio del libro, me encontré en el suburbio de San Martín con un entierro, ahí estaban: el párroco y sus buitres. Terminado el sepelio, distinguí al individuo que llevaba el anuncio aquella noche y me había dado el librito. Corrí y lo alcancé -¿No hay velada esta noche?— Pregunté—. ¿Velada? -gruñó el individuo—. Vaya al Águila Negra si el cuerpo se lo pide -me respondió-.

Desilusionado y sin saber si era el mismo individuo, seguí mi camino. La vida me sabía horriblemente amarga, para mí no había objetivos, aspiraciones y deberes. Furioso, corrí a través de la ciudad. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había llegado a tal extremo un joven lleno de entusiasmo, poeta y amigo de las musas, infatigable viajero y ardoroso idealista, cómo había venido solapadamente este odio contra mí mismo y contra los demás, esta falta de corazón y desesperanza? En esto, pasé frente a la biblioteca y me encontré con un joven profesor con quien había compartido "interesantes diálogos" en otros tiempos. Compartí la velada con él y entre la vivacidad de las palabras y las sonrisas, cosa demasiado extraña, me dolieron hasta las mejillas; no estaban acostumbradas a estos esfuerzos. Mientras que yo, Harry Haller, estaba sonriendo al hombre amable y cortés, el otro Harry me estaba haciendo muecas y pensando cuan absurdo e hipócrita era yo. Estaban los dos Harrys, burlándose, observándose y escupiéndose mutuamente: una "orgía de autodesprecio".

Mientras se libraba la batalla en mi interior, había aceptado, no se porque razón y sin querer, una invitación para comer en su casa a las siete y media. Ahí estaba, me recibió la criada y mientras esperaba en la antesala cogí un grabado, que representaba al viejo Goethe. Aquel poeta, que estaba bellamente dibujado y no había en él ni el rasgo de soledad, ni el aspecto trágico, le habían dado a este viejo demoníaco un tinte académico; eso me puso de mal humor. Cuando pensé en abandonar la casa, entró la mujer y luego vino el profesor con un periódico del partido militarista e instigador de la guerra. Éste se decía algo de un publicista Haller, que debía ser un mal bicho y un socio sin patria que culpaba a su misma patria del desencadenamiento de la guerra. Pasamos a otra cosa y luego al comedor. Ni los anfitriones, ni yo nos sentíamos a gusto. Terminada la cena regresamos a la antesala para tomar café y licor.

Goethe no debe haber tenido este aspecto, demasiada nobleza y vanidad —dije-refiriéndome al grabado. Tan pronto como había terminado de hablar, su esposa salió precipitadamente de la habitación y su marido me dijo que este retrato le pertenecía a ella. Pedí disculpas por la crudeza de mis palabras y al mismo tiempo me despedí.

Y para dejar las cosas en su punto, tenía que confesarle al profesor que me había ofendido gravemente, pues el bicho sin patria era yo mismo "y mejor le iría a nuestro país y al mundo, si al menos los contados hombres capaces de pensar se declararan partidarios de la razón y del amor a la paz, en vez de instigar ciegos y fanáticos a una nueva guerra." Agarre mis cosas y salí corriendo, dentro de mi alma el lobo se reía y aullaba a mandíbula abierta.

Esto era para el indignado profesor un desengaño, pequeño disgusto, para mí. Mi último fracaso y despedida del mundo burgués, moral y erudito; una victoria del lobo estepario. Me despedí de mi mundo anterior y de mi patria, nuevamente corrí furioso y lleno de mortal tristeza. Había que poner fin esta noche a la comedia. Solo quedaba asco y dolor. ¡Vete a casa Harry y córtate el cuello!

Anduve así, de aquí para allá, de taberna en taberna y continué con mi correría hasta que fui a dar en miserable estado al << Águila Negra >>; ingresé y me quedé en el primer piso. Una muchacha con una camelia en el cabello estaba sentada allí en el diván junto a la pared. Me acerqué y me senté junto a ella. ¿Quién eres? –Me pregunto- Soy Harry, ¿Me permite quedarme a su lado? Es imposible que vuelva a casa, me espera algo terrible-dije-. Entonces déjalo estar y quédate aquí –me dijo-. Limpió mis gafas, comí y bebí, todo eso mientras la dejé hablar. Me gustaba mucho a pesar de que había evitado y me causaban desconfianza esta clase de muchachas. Empezaron las preguntas y respuestas, yo estaba por no decirlo menos, encantado, era bueno tener alguien con quien estar sentado, quien le interrogara y le riñera. De un golpe absorbí el borgoña. ¡Bebe despacio! –Me dijo- Hay que decírtelo todo, niño. Oh, sí –supliqué complacido- No deje de decírmelo todo, haría lo que usted quiera. Me invitó a bailar un *Shimmy*. No puedo bailar eso, ni vals, ni una polca, ni un *fox-trot*, ni un *boston*, ni un *onestep* – dije-. Se echó a reír. Desde ese día supe que ella estaría siempre a mi lado, aunque no la viera todos los días, siempre sería observado, dirigido, custodiado y sancionado por ella.

Mientras bebíamos borgoña hablamos de lo sucedió con el cuadro de Goethe. Es una historia cómica –dijo-, y me pidió que no le tratara de usted sino de tú. Se levantó riendo y se fue a bailar. -Vuelve pronto grité suplicante-. Me tardaré media hora o una entera, quizá. Cierra los ojos y duerme un poco. Así lo hice, incluso soñé con Goethe, cuando desperté ella estaba ahí. Esa noche tuvo una cita pero me dejó invitarla a cenar el martes en el <<Viejo Franciscano >> y se fue; no sin antes alquilarme una habitación en el segundo piso. Subí las escaleras y dormí en una miserable cama de madera.

La mañana siguiente regresé a mi casa. Dos días de espera, ansiedad, tensión e impaciencia tuvieron que pasar para que al fin llegara el martes. Momento inolvidable cuando la vi. Le regale dos orquídeas, río y enseguida me dijo: No quiero que me regales nada. Yo vivo de los hombres, pero de ti no quiero vivir. ¿Ya sabes bailar el *fox-trot*? -Me dijiste que no deseabas otra cosa que recibir órdenes mías. ¿Te acuerdas? Sí, ¡Y lo sostengo! Ahora, al fin, tengo que saber tu nombre. –Sería agradable que lo adivinaras -Si fueses un muchacho tendrías que llamarte Armando. -¿Te llamas Armada? -Asintió radiante.

No olvides lo que me has dicho, obedecerás todas mis órdenes y haz de cumplir tus palabras, recibirás muchas órdenes y las acatarás; órdenes deliciosas y agradables,

te será un placer obedecerlas. Y al final habrás de cumplir mi última orden, mi pequeño Harry. Yo te gusto –me dijo- porque he roto tu soledad, te he recogido frente a la puerta del infierno y te he despertado. Te gusto mucho, pero no estas enamorado de mí. Entérate bien Harry, no estoy enamorada de ti. Pero te necesito, como tú a mí. Me necesitas para aprender a bailar, a reír y a vivir. Mi última orden te daré solamente cuando estés enamorado de mí, y obedecerás, y será bueno para los dos. Y así fue...

No había porque esperar más tiempo. Armanda –dije- el otro día un desconocido me dio un pequeño librito – ¿Y cómo se llamaba el librito? – Se llamaba *Tractat del lobo estepario* - ¿Y ese lobo eres tú? – Sí, soy yo. Soy un ente que es medio hombre y medio lobo. Hoy no eres lobo pero el otro día no dejabas de ser un pedazo de bestia y eso me gusto. Contraria a la mía, "su mirada era de complacencia, de burla y picardía, de camaradería comprensiva, y al mismo tiempo tan llena de gravedad, de ciencia y de serenidad insondable".

Compramos un gramófono y empezaron las clases de baile en mi habitación, iniciamos con el *fox-trot*. Mi primera presentación y con toda la vergüenza encima fue en el hotel Balcanes. Ya me había dicho, esta alegre criatura, que si; para divertirme necesitaba el permiso de los demás, entonces verdaderamente era un pobre diablo. Bailamos dos o tres veces y en el intermedio me presentó a Pablo, el saxofonista, un hombre moreno, joven y bello. Hube de hablar con él en dos ocasiones, hablamos sobre música y compartimos algunos desacuerdos. Aquella misma noche y por insistencia de Armanda conocí a María. Bailaba maravillosamente. ¡Bien, bravo! El *fox* ya lo sabes, mañana empezamos con el *boston* y dentro de tres semanas hay un baile de mascarar en los salones del Globo. Era el baile de trajes más distinguido de la ciudad.

A los pocos días de haber bailado, cuando ingresaba en mi habitación y me preparaba para dormir, descubrí a la bella María acostada dentro de mi cama. De todas las sorpresas a las que me había expuesto Armanda ésta fue la más violenta, ella y nadie más me había enviado este ave del paraíso.

Aquella primera noche y en las siguientes María me enseñó no solo jugueteos desconocidos, arrobamientos de los sentidos; sino nueva comprensión, nuevos horizontes y amor nuevo. Por ella aprendí a ser niño y bestia en la inocencia del sexo; antes solo había tenido el amargo sabor de la culpa, el gusto dulce, de la fruta prohibida, frente a la cual un hombre espiritual debe ponerse en guardia.

A menudo hablada objetivamente de María con Armanda, respecto a sus manos, sus hombros, sus caderas, su manera de reír, de besar y bailar. María es maravillosa, pero ella ni nadie te comprenderán como yo lo hago – dijo Armanda-. En esta época, entre mi conocimiento con María y el baile de máscaras, era verdaderamente feliz. Sin embargo no estoy contento de estarlo pues, no he sido creado para ello, sino para lo contrario. Esto no puede durar, es una dicha estéril. Satisface pero no es alimento para mí. Adormece a lobo estepario, pero no es felicidad como para morir por ella. - Déjame decirte al lobo estepario –dijo Armanda-, "para este mundo tan sencillo, cómodo y satisfecho con tan poco, eres tú demasiado exigente y hambriento, el que hoy quiera vivir y alegrarse de su vida, no ha de ser un hombre como tú ni como yo. ¿Cómo te explicas entonces que hombres como nosotros no podamos vivir aquí? En

honor del mundo quiero admitir que sólo sea nuestra época, que sólo sea un enfermedad, una desdicha momentánea."

Un día antes de baile de mascaradas, María estuvo más hermosa, ardiente e íntima que nunca, "me dio a gustar delicadezas y juegos que consideré como el límite del placer humano." A la mañana siguiente, luego de haber dormido todo el día me levanté por la tarde y de muy buen humor me arreglé y salí. Era el primer baile de máscaras al que concurría y sobre todo a bailar. Al borde del tiempo, ni siquiera conocía el disfraz con que había de presentarse Armada esa noche, pues se había empeñado en no revelármelo.

Entre comer, caminar y mirar un film, se había hecho tarde y el baile ya estaba en marcha. Tímido y perplejo traté de ingresar a pesar de que tenía aversión a locales grandes, repletos de gente y bulliciosos; y por si esto fuese poco, ahora me encontraba entre un torbellino de máscaras. Y allí estaban: artistas, periodistas, profesores, hombres de negocios además, naturalmente, toda la gente que conocía. Empecé a buscar a María y Armada, para la media noche aún no había encontrado a nadie. Mientras tanto, el lobo estepario estaba detrás de mí y me sacaba la lengua. Había ido con la mejor intención de divertirme pero no podía animarme y me parecía necio y forzado.

Aunque no sabía si Armada me lo perdonaría, decidí salir de ahí, me escabullí hacia el guardarropa para ponerme el gabán y marcharme. Al llegar al mostrador el hombre del otro lado me pidió el ticket, lo había perdido; no estaba en el bolsillo. Lo que faltaba. ¿Has perdido la contraseña? –Me preguntó un pequeño diablo rojo y amarillo-. Puedes quedarte con la mía. Mientras daba vueltas al ticket en mis dedos, el "pequeño diablejo" había desaparecido. Di vuelta al papel y leí: *Esta noche, a partir de las cuatro, Teatro Mágico – sólo para locos-. La entrada cuesta la razón. No para cualquiera. Armada está en el infierno.* "Jamás ha tenido más prisa un pecador por llegar al infierno".

Corría de prisa por los salones, camino al infierno, cuando me salió al encuentro una hermosa bailarina española: <<baila conmigo>> No puedo voy al infierno –dije-. Pero un beso tuyo me lo llevo con gusto, la boca roja vino a mi encuentro y solo ahí reconocí a María. Bailamos un instante y se interrumpió la música, con disgusto solté a María pero debía seguir mi camino hacia el infierno. Por las escaleras hacia abajo era el sitio indicado. Llegué, mientras esperaba me hice servir un whisky; y al mismo tiempo que bebía reconocí el perfil de un joven, ¡Sí, era Armando, mi amigo de la infancia! Él sonrió. –Harry, ¡me has encontrado! -Era Armada vestida de frac. Nos sentamos, charlamos y bebimos champaña.

Todo era un juego de máscaras, un desenfrenado paraíso de ensueño. Ella bailó con una mujer joven y la enamoró, no como hombre sino como mujer. Mientras yo bailaba con todas las mujeres que encontraba en mi camino: con jovencitas, con señoras jóvenes florecientes, con otras en plena madurez estival y con las que empezaban a marchitarse. "Irradiaba yo mismo, el lobo estepario Harry, esta sonrisa, nadaba yo mismo en esta felicidad honda, infantil, de fábula", respiraba este dulce sueño, embriaguez de comunidad, música, ritmo, vino y placer sexual. "Yo, ya no era yo, mi personalidad se había disuelto en el torrente de la fiesta como la sal en el agua."

Había perdido la noción del tiempo en medio de esta dicha embriagadora... La mayor parte de la gente se había ido, la escalera estaba desierta y orquesta tras orquesta enmudecían. Como no podía bailar con Armanda, el jovencuelo, habíamos intercambiado, rápidamente, sonrisas y palabras en los intermedios. Mientras, flotaba en el torbellino del baile rodeado de rostros, mejillas, labios, rodillas, pechos y brazos desconocidos. De pronto observé una negra Pierrette con la cara pintada de blanco y cubierta con un antifaz. Era Armanda, cambiada de traje, ya no Armando. Ardientes se juntaron nuestros labios. Todas las mujeres con quienes había bailado esta noche se habían fundido en una sola y única que florecía entre mis brazos.

La última orquesta se calló derrepente, guardaron los instrumentos, se abrieron las puertas y entró el aire frío. Estaba amaneciendo. Allí estábamos los dos, mirándonos y los últimos en el salón, en el edificio. Entonces apareció en la puerta Pablo y a su señal le seguimos. Hermano Harry –me dijo- le invito a una pequeña diversión. Entrada sólo para locos, cuesta la razón. ¿Está usted dispuesto? Asentí. Nos cogió del brazo, Armanda a la derecha y yo a la izquierda y nos llevó a una pequeña habitación. Tenía una mesa redonda y tres butacas en las que nos sentamos. Fumamos y bebimos mientras descansábamos. Pablo saco del bolsillo de su batín un espejo redondo de mano. Vea usted: así se ha visto hasta ahora -me dijo- Vi mi propia imagen, a Harry Haller, y dentro de ella al lobo estepario, un lobo hermoso y farruco, pero con una mirada descarriada y temerosa. –Así se ha visto siempre –repetió- y guardó el espejo.

Ya hemos descansado, dijo Pablo, ahora voy a enseñarles mi pequeño teatro. Mi teatrillo tiene tantas puertas de palcos como quieran y detrás de cada una les espera lo que ustedes andan buscando. Se les invita a desprenderse de sus gafas y dejar esa honorable personalidad en el guardarropa. Armanda se fue hacia la derecha y yo hacia la izquierda. Harry venga y esté muy contento. Ponerlo de buen humor, enseñarle a reír, es la finalidad de todos estos preparativos. Usted esta aquí en una escuela de humorismo. Tiene que aprender a reír. Me dio una irresistible gana de reír y solté una carcajada liberadora. ¡Por fin has matado al lobo estepario! –dijo-. Con navajas de afeitar no se consigue esto. Recuerda, estamos en un teatro de magia, aquí no hay más que fantasías, no hay realidad.

Ahora que has tirado tu personalidad, ven y mira en un espejo verdadero. Me acerqué y miré a todos los Harrys: viejos, jóvenes, mozalbetes, muchachos, colegiales, arrapiezos y niños. Pero me gustaba singularmente un jovencuelo de dieciséis o diecisiete años. Corrí tras él y leí un letrero. "*Todas las muchachas son tuyas. Echese un marco.*" Desaparecieron Pablo y el muchacho, me encontraba abandonado a mí mismo y al teatro. Fui pasando de puerta en puerta y en cada una leía una inscripción, una seducción, una promesa como: "*¡A cazar alegremente! Montería de automóviles*", "*Decadencia de Occidente. Precios reducidos. Todavía insuperada*", "*La lágrima riende. Gabinete de humorismo*", La serie de inscripciones continuaba ilimitada. Una decía: "*Instrucciones para la reconstrucción de la personalidad. Resultado garantizado*"

Ésta llamó mi atención. Entré y frente a mí estaba un hombre sentado en el suelo y tenía una cosa parecida un tablero de ajedrez. Yo soy un jugador de ajedrez –dijo-. ¿Desea una lección acerca de la reconstrucción de la personalidad? Sí, se lo suplico. Entonces ponga un par de docenas de figuras ¿De mis figuras? –Pregunté-. Sí, las

figuras en las que ha visto descomponerse su llamada personalidad. Vi de nuevo la unidad de mi persona descompuesta en muchos yos y el jugador cogió una docena de ellas y las puso junto al tablero. Ordenó las figuras y jugó en dos ocasiones; construyendo y reconstruyendo a su antojo. Esto es arte de vivir –dijo- y usted puede seguir animando, complicando y enriqueciendo a su capricho el juego de la vida.

Tome y guarde para sí sus figuritas –me dijo-. Cogí, las puse en mi bolsillo y me retiré. Nuevamente miré un anuncio, "*Maravillosa doma del lobo estepario*" y otro, "*Todas las muchachas son tuyas*" y luego otro "*Cómo se mata por amor*" cuando terminé de leer el último, recordé el día en que Armanda me había dicho que "sólo iba a hacer que me enamorara de ella, para ser muerta por mi mano.

Una pesada ola de angustia y tinieblas pasó sobre mi corazón, nuevamente sentí en lo más íntimo de mí ser la tribulación y la fatalidad. Desesperado metí la mano al bolsillo para sacar las figuritas y hacer un poco de magia y permutar el orden de mi tablero." Demasiado tarde, ya no estaban; saqué en vez de ellas un puñal de mi bolsillo. En esto apareció Mozart, hablamos de la música de *Don Juan*, Shcubert, Wolf, Beethoven, Brahms y Wagner. Fue sarcástico, se rió de mí y de todas mis angustias y cuando no pude más le agarre por la trenza y salió volando, al mismo tiempo que la trenza se estiraba y yo colgaba, de un extremo y fui lanzado a dar vueltas por el mundo. ¡Diablos, hacía frío en este mundo! Estos *inmortales* aguantaban un aire horrorosamente helado y tenue. Me quede sin hálito y sin conocimiento.

Cuando recobré el sentido, supe que aún estaba aquí y no entre los inmortales; sin más, me dirigí hacia la última puerta, allí me había llevado la ola de melancolía. Abrí y encontré tendidas a dos personas desnudas, la bella Armanda y el bello Pablo, juntos, agotados por el juego del amor. Bajo el pecho izquierdo de Armanda había una señal redonda, un mordisco amoroso de los dientes brillantes y bellos de Pablo. Justo ahí, en esa huella introduje mi puñal. Corrió la sangre sobre la delicada y nivea piel de Armanda. Cuando quise marcharme Pablo se levantó, cubrió a Armanda hasta el pecho y salió sin hacer ruido. Ya está, sin querer y a pesar de esto había cumplido su deseo. De nuevo Mozart, esta vez sin trenzas y vestido a la moderna –dijo-: Monsieur Harry, usted ha utilizado a esta linda muchacha solo para introducir un puñal en su cuerpo y destrozarla. Ha hecho de su vida una horrorosa historia clínica y de su talento una desgracia.

Grité desesperado: ¡Dios mío! Soy una bestia, Mozart: una bestia necia y malvada, enferma y echada a perder que debe expiar, expiar, poner la cabeza debajo de la guillotina y dejarme castigar y destruir. Qué patético se pone usted siempre- Le falta aprender humorismo -dijo Mozart-. El humorismo es siempre patibulario y lo aprenderá en el patíbulo. Me preguntó si estaba dispuesto a acudir al juez, ser juzgado, y llevado hasta la fría decapitación en el patio de la cárcel. Di mi asentimiento; solo entonces se me acusó de: abuso del teatro mágico, "de haber ofendido el arte sublime, al confundir la galería de imágenes con la llamada realidad, de apuñalar a una muchacha y de servirme del teatro sin la menor pizca de humorismo." Y mi condena fue: "castigo de vida eterna y pérdida por doce horas del permiso de entrada en el teatro, como tampoco remitirme su risa." Señores, atención: A la una, a las dos, ¡a las tres! y todos soltaron una carcajada del otro mundo, terrible y a penas soportable para los hombres.

Cuando volví en mí, Mozart estaba de nuevo a mi lado. Hablamos un momento y me dijo: Usted , querido y estúpido amigo, ha de hacerse cargo del humorismo de la vida, del humor patibulario de esta vida y al mismo tiempo que me ofrecía un cigarrillo, mágicamente sacado de su bolsillo, había dejado de ser Mozart y era mi amigo Pablo. Grité: ¿Pablo, dónde estamos? Estamos –sonrió- en mi teatro mágico, pero te confesaré que me has decepcionado, “has quebrado el humor de mi pequeño teatro y has cometido una felonía, has andado pinchando con puñales y has ensuciado nuestro bonito mundo alegórico con machas de realidad.” Lo que hiciste fue por celos y a esta figura no la supiste manejar, creí que habías aprendido mejor el juego. En fin, podrá corregirse. Cogió a Armanda, la cual, entre sus dedos, se convirtió en una figurita del juego y la guardó en el bolsillo.

Comprendí todo, a Pablo y a Mozart; estaban en mi bolsillo las cien mil figuras del juego de la vida. Tenía el deseo de empezar otra vez el juego, “de gustar sus tormentos otra vez, de estremecerme de nuevo y recorrer una y muchas veces más el infierno de mi interior. Alguna vez llegaría a saber jugar mejor el juego de las figuras”.

Alguna vez, yo también, aprenderé a reír.

Bibliografía

Hesse, Hermann. El Lobo Estepario. Alianza Editorial. 1971.